

crónica



Beatriz Vanegas Athías
Rafael Silva Bareño

Lenny Portnoy:

El último librero de Sincelejo

Beatriz Vanegas Athías*

A firma César Vallejo: Absurdo, solo tú eres puro. Y en la Librería Tiempos Nuevos ocurre la pureza en toda su dimensión. Ubicada en el local 1 de la calle 21 N.º 22-16, la librería más antigua de Sincelejo sobrevive con una farmacia como vecina y una tienda de muebles y aperos al frente de ella. Es una calle bulliciosa donde late el corazón del comercio en Sincelejo: es el nombrado Centro. Allí el sol pica y la bulla mezclada con música remplaza al aire por lo que solo la persistencia de Lenny Portnoy hace visible en aquel marasmo, la existencia de la librería que en el 2011 cumplió cuarenta y cuatro años de existencia.

En Tiempos Nuevos es posible toparse con el lector más avezado que ha estado persiguiendo por meses una edición de lujo de *Crimen y castigo*, hasta el más despistado que desea leer a Platón, pero no recuerda el título recomendado. Por ello se compra *La República, Diálogos y Apología* de Sócrates de un solo impulso. Aquí, en Tiempos Nuevos, el libro conduce a la ebriedad: regáleme un libro para leer, profesor Lenny, dice con frescura el anónimo habitante de la calle. Y con parsimonia Lenny espanta al pedigüeño: veinte más tarde, viejo. Acto seguido el rostro del librero se torna adusto para concluir: “A ese le da uno un libro y va y lo vende pa’ tomá ron”.

* Majagual, Sucre, 1970. Poeta y cronista. Obra poética: *Galería de perdedores, Los lugares comunes, Con tres heridas yo, De la A la Z Colombia. Silencio... en el jardín de la poesía*, antología de poesía colombiana. *Crónicas para apagar la oscuridad*. Premio Nacional de Poesía Universidad Externado de Colombia; Premio Departamental de Poesía Fondo Mixto de Sucre; Premio Internacional de Poesía Pilar Paz Pasamar de Jerez, España. Editora de Espiral, Revista de Docencia e Investigación y coordinadora del taller de literatura infantil y juvenil Saramalacara.

La legendaria Biblioteca Básica Salvat se encuentra en Tiempos Nuevos. Allí logré conseguir dos joyas: *Flush*, de Virginia Woolf, y *La Hoja roja*, de Miguel Delibes. Esto, en pleno trópico alucinado por la supervivencia, es un verdadero milagro. O una paradoja como la de escuchar a una estudiante de un colegio de monjas indagar al mismo tiempo por el *Manifiesto Comunista* de Marx y *La Urbanidad de Carreño*.

La Aurora rusa

Cuenta Lenny Portnoy que desde temprana edad –y de eso hace mucho- fue aficionado a los libros, no para escribirlos sino para leerlos y satisfacer una necesidad. *Pero la vida indica los caminos que debí recorrer porque no tuve un título académico*. Entonces inicia su trasegar como empleado en bancos. Va de Montería a Planeta Rica, pero como siempre, le gustó estar del lado de los débiles, de los marginados, participó con fervor en la primera huelga de empleados bancarios de Planeta y sobrevino la consecuencia, fue despedido de inmediato.

La librería Aurora nació por física necesidad. Con pocos libros arrumados en un cuartico que un amigo le cedió, empezó a funcionar en la Calle del Comercio en un local de Julio Salleg. El nombre "Aurora" fue un homenaje al Acorazado Potemkin Soviético



Tomada de <http://www.morguefile.com>

desde donde se dio el grito de la Revolución rusa. Y por ser militante del Partido Comunista en 1967 lo enviaron a Moscú por un año. Esa estancia lo marcó para siempre, desde la admiración por la asepsia en las calles, pasando por el rigor académico, hasta pasmarse con la puntualidad de las estaciones. Hoy, ante tanto descontrol meteorológico, añora aquellas épocas en las que estando en Stalingrado, por ejemplo, un amigo afirmaba: “Mañana empieza la primavera” y así era: Lenny podía sentarse a esperar el milagro de las flores como en el poema de Emily Dickinson porque para esos tiempos “Ser una flor es (era) una honda/ responsabilidad”.

Estuvo en Mintz, Stalingrado, en Praga. Quiso ir a Rumania, de donde es oriundo su padre Adolfo Portnoy, pero debido al rigor de sus superiores no pudo visitar el país ancestral. De regreso a Colombia vivió una escala en Madrid y pudo ser feliz al cumplir el sueño de disfrutar una temporada de zarzuela, género musical de su predilección. Ante la pregunta de por qué no se quedó en Rusia, suelta la risa y afirma: “no quisieron que me quedara —y aclara con solemnidad—: En realidad, mi intención era prepararme para seguir la lucha. Por ello, a mi regreso a Montería fui apresado de buenas a primeras, porque según la policía, yo había ido a Moscú a recibir clases de guerrilla”, y de nuevo se carcajea.

Lenny Portnoy es un hombre alto, grueso, siempre viste de guayabera color crema. Tiene una sonrisa igual de enorme a sus manos. Es el prototipo del mestizo hijo de europeo e indígena zenú, de esa mezcla surge una mirada escrutadora, que prevalece a pesar de la hospitalidad de su abrazo. Nació en la Calle El Coco, en el barrio La Ceiba de Montería. Muy joven le tocó escoger entre vivir con la madre a quien le sobraban las carencias o el padre, un próspero comerciante rumano que llegó a convertirse en el dueño de La Casa, una renombrada carpintería que exportaba muebles a Francia, verdaderos modelos en madera. Se quedó con el padre quien lo ayudó hasta quinto de bachillerato, hoy décimo grado. Desde entonces la opción del didactismo le ha permitido ser empleado bancario, dirigente de equipos de béisbol, gerente del Fondo Mixto para la Cultura, pero en esencia, un librero por vocación.

El fin de La Aurora y el nacimiento de Tiempos Nuevos

Lenny vivía más en las cárceles de Montería que caminando por la libertad. La Aurora fue incendiada por intolerantes; es decir, por la derecha ciega. Los abogados del Partido en el que militaba, le recomendaron trasladarse hacia Sincelejo porque el único argumento que se esgrimía para que permaneciera preso es que comunista y pecador eran oficios sinónimos. El fuego del sectarismo había acabado con los libros que eran la única trinchera de Lenny Portnoy. Los períodos en que vivía preso eran tiempos de mucha lectura y en los que soñaba con volver a tener una librería. Una librería en una región

Lenny vivía más en las cárceles de Montería que caminando por la libertad. La Aurora fue incendiada por intolerantes; es decir, por la derecha ciega.



Tomada de: <http://www.sxc.hu>

La librería Aurora nació por física necesidad. Con pocos libros arrumados en un cuartico que un amigo le cedió, empezó a funcionar en la Calle del Comercio en un local de Julio Salleg.

cuya esencia colectiva estaba en el jolgorio y la algarabía. Una vez libre, surgió entonces Tiempos Nuevos, llamada así en honor a la revista homónima que le llegaba de la Unión Soviética. La librería Suramérica fue decisiva porque le enviaba libros al crédito.

En 1968, justo cuando las semanas culturales sincelejanas alcanzaron su esplendor en el colegio Simón Araújo, un grupo de artistas locales que oficiaban como maestros, recuerda Lenny a Guillermo Valencia Salgado —el célebre compae Goyo—, Eduardo Pastrana Rodríguez —el Pibe Pastrana—; el padre Cueto, lo motivaron con fervor inusitado, cuenta Lenny que parece que ellos lo estaban aguardando... Amigos entrañables que ampliaron la visión que Lenny tenía de una librería exclusiva para clásicos del comunismo. Este grupo de intelectuales lleno de sueños, pero con el bolsillo limpio, se levantó unas mesas e instalaron a su amigo librero en pleno parque Santander para que allí vendiera libros.

Pero el sol y la lluvia no sabían de relatos, ensayos, o versos e hicieron que Lenny buscara un sitio cerrado y seguro. Y fue en el antiguo almacén La Múcura, frente al parque donde creció Tiempos Nuevos. La librería trasegó por los bajos de un hotel, hasta ubicarse en la calle 21, y entre chanza y chanza lleva cuarenta y tres años recibiendo a contertulios como Giovanni Quessep, José Luís Garcés, el profesor Sanjuanelo, Alexandra Adress, Patricia Iriarte, Héctor Rojas Herazo, Roberto Montes Mathieu, Irina Henríquez. Con la prudencia que lo caracteriza se niega muy sutilmente a expresar cuál es el escritor caribeño de su predilección: “Yo no hago distinción entre ellos porque todos están vinculados a la librería como algo que les pertenece. Tengo claro que he sido el interlocutor entre el escritor y el lector. Y ellos se conforman con eso y yo también”.



Tomada de: <http://www.sxc.hu>

Tiempos Nuevos en tiempos turbios

Su rostro se torna más serio al reconocer que los profesores visitan muy poco la librería y cuando lo hacen, sus preferencias se inclinan hacia libros de autoayuda. No es una prioridad la lectura en los colegios. Ya van quedando pocos lectores, Internet y los libros “económicos” son duros contrincantes, por ello, es posible encontrar una variada gama de instrumentos musicales para la venta, la librería se ayuda vendiendo guitarras, tambores, guaches, guacharacas, hasta un violín de lujo –pero a bajo costo– se halla a la espera de un comprador sensible.

Lenny, con un ventilador a sus espaldas permanece atrincherado tras un escritorio a cuya derecha tiene un altar muy peculiar: la Constitución política de 1991, un imponente cuadro de su héroe Simón Bolívar, que corre el riesgo de sucumbir a las llamas de una veladora que adora a la Virgen del Carmen y al Divino Niño en versión almanaque de billetera. Sus manos se vuelven ágiles ante el timbre del anaranjado teléfono fijo: “Librería Tiempos Nuevos, a la orden... No señora, no lo tenemos, pero se lo conseguimos”.

A la entrada de la librería se halla al Quijote y a Sancho elaborados en madera, son sus otros ídolos. Tal vez sus alter ego. A estas alturas de su librería, los tiempos se van enturbiando, Lenny sabe que es la época del reinado de los tontos y de los crueles, por ello, sostenido por un libro de Cousteau, reza el perentorio aviso para los lectores: “Por motivo de viaje, realización total”.

Colaboración de Irina Henríquez ■